

las mas aceptables condiciones, contentándose simplemente con la disolucion del ejército pompeyano; de suerte que los españoles quedaron en su patria y los itálicos regresaron á sus hogares, para lo cual les condujo á las fronteras de la narbonense y de la Alta Italia. Esta derrota hizo insostenible la situacion de Varron en el Sur de España, pues los habitantes del país y gran parte de los soldados itálicos se pronunciaron en favor de César en cuanto supieron que éste se ponía en marcha. En tales circunstancias, pudo César muy pronto dar por terminada su mision política en España. Dejó en la península pirenaica, como legado, á Q. Casio Longino, y puso á disposicion de éste las dos legiones de Varron y dos de las suyas, hecho lo cual, se dirigió apresuradamente á Masilia, para obtener su rendicion, consiguiendo al poco tiempo la sumision de las tropas que la guarnecian, y que hicieron, sin embargo, una heroica resistencia. Prudente y magnánimo, contentóse César con que le entregaran todas las armas, buques é instrumentos de guerra, y el tesoro de la ciudad, la cual quedó guarnecida con dos legiones, y vió un tanto mermado su territorio en castigo de su tenaz animadversion.

De esta suerte habia logrado César en poco tiempo asegurarse el dominio del Occidente para la gran lucha con Pompeyo; en cambio, la expedicion de Curion habia fracasado, lo cual habia de traer mas tarde funestas consecuencias para el gran general. Es verdad que aquel jóven y fogoso caudillo habia tomado á Caton la Sicilia, casi sin lucha alguna; cierto que despues con dos legiones y 800 caballos se dirigió al Africa, donde la causa de la república estaba representada por el comandante P. Attio Varo con dos legiones y el ejército del rey númida Yuba, y cierto, en fin, que derrotó á los dos junto á los muros de Utica; pero queriendo poner sitio á la ciudad, á cuyo auxilio acudió Yuba con grandes masas y 16 elefantes, dejóse engañar por las falsas noticias que acerca de las fuerzas enemigas habian llegado á sus oídos, y en setiembre del año 49 se vió completamente derrotado en una batalla, librada junto á Bagradas, en la que tuvo que luchar con dificultades de toda clase.

XIV.—LOS POMPEYANOS EN MACEDONIA. CÉSAR SE FORTIFICA EN DIRRAQUIO

Esta catástrofe fué causa de que Roma hubiese de renunciar, para todo el período de la guerra, á las provisiones que del Africa recibia, lo cual era una verdadera calamidad, pues, en el estado en que á la sazón se hallaba la agricultura, la capital y la península itálicas se veian precisadas á acudir al exterior para proveerse de cereales. El pueblo y las legiones se vieron, pues, reducidos únicamente á los productos agrícolas de Sicilia, Cerdeña y la Alta Italia, cerrándose por completo el Oriente á los romanos de la capital. Entonces se vió la influencia del plan de guerra concebido por Pompeyo: el general en jefe del Senado habia conseguido hacerse con poderosos medios de guerra, con el apoyo de los vasallos asiáticos y de la mayor parte de las repúblicas griegas, y con el llamamiento que hizo de las legiones que se encontraban en las posesiones orientales de la república. El centro principal de todos los aprestos era Macedonia y el cuartel general político y militar Tesalónica, donde se reunieron los senadores y caballeros que emigraban de Roma, y los caudillos y oficiales de las tropas pompeyanas que César habia derrotado en Occidente. Allí se desarrolló un salvaje y vengativo fanatismo contra César y su partido, fanatismo que, en caso de victoria, amenazaba á Roma y á Italia con un período sangriento, junto al cual hubieran podido parecer tolerables los horrores del tiempo de Sila. Todos los elementos de

fuerza estaban dispuestos para la realizacion de los planes de venganza, de los cuales ciertamente no participaban Pompeyo, Caton, ni Marco Marcelo. A fines del año 49, Pompeyo habia logrado reunir un ejército compuesto en su mayor parte de nueve legiones móviles reclutadas en Grecia, á las cuales habian de unirse otras dos que se esperaban de Siria. De estas tropas, sin embargo, solo cinco legiones estaban acostumbradas á los azares de la guerra. Las provincias y los vasallos de Oriente proporcionaron 7,000 jinetes escogidos y un gran número de tropas ligeras de toda clase. No faltaban tampoco á Pompeyo recursos pecuniarios, provisiones y material de guerra, contando además con una escuadra formada casi exclusivamente, pues eran pocos los buques itálicos que en ella figuraban, por 500 buques proporcionados por todas las comarcas costaneras de Oriente. Pompeyo cometió la falta de confiar aquella escuadra, no al experto Caton, sino á M. Bibulo, el cual, lo mismo que Labieno, mandaba dar muerte á los soldados y oficiales de César que en sus manos caian.

Difícil es asegurar cuál era el verdadero plan de Pompeyo para reconquistar la Italia. Puede afirmarse, sin embargo, que, ante todo, la escuadra debía sitiarse por hambre las comarcas principales de la república. Como la recluta, organizacion é instruccion del gran ejército se prolongó hasta el otoño del año 49, hubo Pompeyo, contra lo que esperaba, de dejarse atacar por César en el mismo suelo griego. La escuadra tampoco se encontró, durante el verano, preparada para acudir al auxilio de las tropas de España y de la ciudad de Masilia, ni para atacar la Italia, en donde M. Antonio, hasta entonces tribuno de la plebe, investido de poderes propretoriales por César, defendia con tres legiones los puertos del Sudeste. Solo en un punto vencieron las fuerzas de Pompeyo á las tropas de César en el verano del 49: dos contingentes de buques pompeyanos, mandados el griego por Marco Octavio y el ilirio ó liburnio por L. Escrionio Libon, atacaron á los cesarianos en el Archipiélago dálmata. Despues de haber quedado aniquilados los cuarenta buques que mandaba Publio Dolabela, el lugarteniente de César, Cayo Antonio, vióse con dos legiones cercado, segun unos en la isla de Curicta, hoy Veglia, en el golfo de Quarnero, segun otros en Negra-Corcira, hoy Curzola, siendo en su mayor parte hechos prisioneros. Entonces Octavio tendió la mano á los dálmatas, que hacia tiempo estaban disgustados contra César, y conquistó para Pompeyo á Issa y otros lugares, mientras los partidarios de César se defendian con buena fortuna en Salona y Lissos.

César por su parte tomó la ofensiva en la península de los Balkanes. Cuando, procedente de Masilia, llegó á Roma, encontré con que Lépido le habia nombrado dictador, y aprovechó los once días, durante los cuales conservó esta dignidad, para aliviar las cargas que pesaban sobre muchos deudores, mandando que se tasaran los bienes de estos segun el valor que tenian antes de que estallase la guerra y se entregaran por este valor á los acreedores, deduciendo del capital de la deuda los intereses percibidos. Además hizo regresar á Roma la mayor parte de los que en los últimos años habian sido desterrados, se hizo elegir cónsul para el año 48, junto con P. Servilio Isaurico, y aprestó lo necesario para llevar la guerra á Grecia con las doce legiones reunidas en Brindis y con 10,000 jinetes.

Los políticos de Tesalónica entré tanto habian prorogado el mando á todos sus funcionarios por todo el año 48, y Pompeyo, por su parte, habia escogido para cuartel general, en dicho año, las posiciones de Dirraquio: las milicias epirota y etolia le guardaban los territorios del Adriático y su ejército estaba en marcha desde la Brea macedónica, en el Ha-

liacmon, hácia el Adriático: su suegro Metelo Escipion debia en la primavera conducir allí las dos legiones sirias de Pér-gamo. Bibulo con 110 buques de guerra permanecia en Corcira: 18 anclaban en Oricon. Cuando César, durante el otoño del 49, se presentó en Brindis, se encontraba muy falto de buques; pues solo contaba doce de guerra y otros tantos de transporte. Esto no obstante, con inaudita audacia fué embarcando hasta 15 ó 20,000 infantes y 600 caballos, con los cuales, y para dificultar cuanto antes los movimientos del enemigo, tuvo la fortuna de desembarcar en la bahía de Paleassa, á la sazón desierta, en el centro del Acroceraunio (4 de enero del 48, ó segun cálculos mas probables, 4 de noviembre del 49), con el propósito de apoderarse rápidamente de las ciudades de Oricon y Apolonia. La suerte, sin embargo, no le fué entonces favorable: Pompeyo habia llegado recientemente á Dirraquio: Bibulo vigilaba cuidadosamente el mar y destruyó algunos de los buques enemigos de transporte. Muerto Bibulo, su sucesor Libon intentó el bloqueo de Brindis.

XV.—BATALLAS DE DIRRAQUIO Y DE FARSALIA. MUERTE DE POMPEYO

En tales circunstancias, César, acosado por la falta de víveres, hubo de detenerse con sus escasas tropas en la orilla meridional del rio Apsos, cuyo territorio septentrional guardaba Pompeyo con tropas muy superiores en número. Muchas semanas trascurrieron en desesperada inaccion, y César no pudo menos de abrigar serios temores para cuando llegase la primavera. Por fin, su fiel y experto Marco Antonio, aprovechando un viento favorable, pudo conducir cuatro legiones y 800 jinetes desde Brindis á Lissos, al Norte de Dirraquio. Cuando Pompeyo se dirigió desde Apsos hácia el Norte, siguióle César, el cual, habiendo conseguido unirse con Antonio, comenzó con sus 10 legiones á obrar con energía. Mientras Pompeyo tomaba fuertes posiciones junto al rio Genussos, al Sur de Dirraquio, envió César fuertes destacamentos á Etolia, á Tesalia y á Macedonia, para proveerse de víveres, para animar á una parte de los griegos que eran favorables á su causa, y para evitar que Metelo Escipion pudiera reunirse con Pompeyo. Él en persona se dirigió con el grueso de su ejército al territorio que separaba á Pompeyo de Dirraquio. En vista de esto Pompeyo se encaminó mas hácia el Norte y se apoderó de los peñascos de Petra, desde donde tenia aseguradas por mar sus comunicaciones con Dirraquio; entonces César se aventuró á bloquearle, con fuerzas muy inferiores, para lo cual tuvo que extender, al redor de los pompeyanos, una línea de trincheras de siete horas de extension. Cuando los dos ejércitos comenzaron á sentir la carestia, lucharon por espacio de algunas semanas, sin que ninguno lograra la victoria definitiva, ya apelando á los aparatos de los ingenieros, ya acudiendo á la lucha cuerpo á cuerpo; hasta que por último, despues de algunos meses de lucha, consiguió Pompeyo romper la cadena de las fortificaciones enemigas por un punto sumamente peligroso, siguiéndose una batalla, en la cual César quedó derrotado con pérdida de unos mil hombres.

César se encontró, pues, en una situacion en extremo critica: derrotado, incomunicado con Italia por la enemiga escuadra y desalojado de sus fortificaciones, parecia completamente perdido y á merced de Pompeyo. Para éste hubiera sido quizás mas ventajoso marchar inmediata y directamente á Italia y reconquistar, sin grandes dificultades, todo cuanto en Occidente con tanto trabajo habia ganado Julio César, aislado entonces en Grecia; pero tambien una enérgica persecucion del ejército derrotado podia llevarle rápidamente á la consecucion de este objeto. Pompeyo optó por esto últi-

mo; pero César recobró de nuevo su preponderancia sobre el enemigo. Con rapidez sin igual y con magistral táctica evitó la persecucion de su adversario, dirigiéndose á Apolonia, y se encaminó rápida y decididamente hácia el Este, es decir, hácia el interior del territorio griego, para reunirse con las fuerzas que antes habia destacado. Subiendo por el valle del Aaos, llegó hasta las montañas de la frontera tesálica, en el alto Peneo. El asalto y el saqueo de la ciudad de Gomfoi le abrió las puertas de la Tesalia, en donde reunido con el grueso de las fuerzas que habia enviado al interior, pudo rehacerse de los descalabros sufridos.

Entre tanto, los pompeyanos y los republicanos demasiado confiados en su victoria, se dirigieron por Pella hácia Larissa, donde se unieron á ellos las legiones de Metelo Escipion. Pronto se encontraron los dos ejércitos enemigos: César ocupó la llanura que se extendia entre la colina de Cinoscéfale, teatro de la victoria de Flamio, y el Othrys, llanura cruzada por el Enipeo (Fersaliti, afluente del Peneo), en cuya orilla izquierda y junto á Farsalia, tomó sus posiciones. Pompeyo acampó en la vertiente de las alturas que se alzaban en la orilla derecha del propio rio, á una milla del campamento de César. Este, acosado por la falta de víveres, alegróse en extremo de que Pompeyo, cuyo séquito de senadores, creyendo segura para ellos la victoria y pensando en el próximo regreso á Roma, aconsejaba que se librara la batalla, abandonase sus excelentes posiciones y se aprestase en la mañana del 9 de agosto del año 48 á atacar, con 47,000 infantes y 7,000 jinetes, á los 22,000 veteranos y 1,000 jinetes de César. Habia sonado la hora decisiva para la historia.

Pompeyo atravesó el Enipeo, en cuya orilla apoyó su ala derecha, y pensó mantenerse con su infantería á la defensiva, dejando que sus escuadrones diesen el ataque principal. Cuando la sangrienta lucha entre las legiones estaba en toda su fuerza, precipitóse Labieno con su caballería sobre la de César que debia cubrir el ala derecha de este. Pronto se mezclaron los escuadrones de ambos ejércitos, y entonces quiso Labieno atravesar el flanco derecho de su antiguo general, pero cayeron sobre él 2,000 hombres escogidos, que César tenia de reserva, introduciendo, con su audacia y con el uso del pilo, el mayor desorden en la caballería pompeyana. Obligada esta á emprender la fuga, aquellos 2,000 soldados comenzaron á arrollar el flanco izquierdo de los pompeyanos. Entonces la tercera línea de batalla de César entró en combate, con lo cual quedó dominada al mediodía la fuerza de resistencia de las tropas de Pompeyo que, despues de haber sufrido grandes pérdidas, se vieron obligadas á refugiarse de nuevo en el campamento del Enipeo. Lo peor de todo fué que el mismo Pompeyo habia perdido todo su valor: cuando César acometió su campamento, abandonólo y se dirigió apresuradamente hácia Larisa, para huir en un buque á Anfipolis. Su ejército fugitivo habia intentado apoderarse entretanto del camino de Larisa, pero alcanzado en la tarde del mismo día y bloqueado por las cuatro legiones de César, los 20,000 hombres que lo componian tuvieron que deponer las armas á la mañana siguiente.

El golpe decisivo estaba dado, y lo estaba en favor del romano que en claridad de inteligencia, en fuerza de voluntad, en aptitud militar y en condiciones de mando, era infinitamente superior á sus rivales. Entonces se trató de aprovechar de una manera grandiosa la importante victoria, y pronto se vió tambien que la antigua república estaba demasiado arraigada para dejarse abatir por un solo golpe, por mas mortal que este fuese. César dispuso en Tesalia del ejército vencido, tomando los soldados á su servicio. En cambio, esta vez no usó de la benignidad incondicional que

hasta entonces había mostrado hacia sus mismos enemigos políticos, pues mandó dar muerte á todos aquellos senadores y caballeros notables que habiendo sido ya otra vez hechos prisioneros y puestos en libertad, habían vuelto á tomar las armas y caído de nuevo en su poder. No obstante muchos fueron al fin indultados. En su magnanimidad, ordenó César que se quemara la correspondencia de Pompeyo que había caído en sus manos, pues no trataba de llevar hasta el extremo la obra del rencor y de la venganza sobre sus enemigos. Bajo el punto de vista militar, César vió pronto desvanecerse toda la hostilidad de los elementos griegos. La pompeyana Atenas entregóse al legado de César, Q. Fusio Caleno, que operaba en la Grecia central, y fue tratada muy benignamente por César. En cambio los eternamente obsecados habitantes de Megara lucharon con tan salvaje fanatismo contra los soldados de Caleno, que en el asalto definitivo dado á su ciudad, arrojaron contra los romanos algunos leones, que destinados á los juegos de la capital, se habían detenido, durante el viaje, en Megara.

Una parte importante de los romanos deseaba proseguir con toda energía la lucha: las 18 cohortes que tenía Catón en Dirraquio y otros restos importantes del ejército de tierra, cuyo principal núcleo había sido destruido en Farsalia, ofrecían un buen apoyo á los caudillos pompeyanos y republicanos que habían logrado escapar de la derrota. Catón había salido de Dirraquio, proponiéndose reanudar la lucha en el Peloponeso. La isla de Corcira fué el principal punto de reunión de los restos del ejército y de los aristócratas fugitivos que no se decidían á implorar, ni esperaban obtener la gracia de César, ni podían firmar las paces con el vencedor. Pero al tener noticia de la batalla de Farsalia, los pueblos y príncipes de Oriente, asombrados de ver derrotado á Pompeyo, se apresuraron á someterse al nuevo señor del imperio, ó por lo menos á evitar todo compromiso contra él. Las cosas llegaron á tal punto en el lejano Nordeste que Farnaces rey del Bósforo tomó las armas y comenzó á arrebatar al rey Deyotaro las antiguas posesiones que su padre tenía en la Pequeña Armenia; lo cual fué en extremo funesto á los pompeyanos, pues todos los contingentes, así en hombres como en buques, de Oriente, fueron llamados á su patria. En tales circunstancias, los caudillos reunidos en Corcira decidieron dirigirse al Africa, en donde el rey Yuba les ofrecía seguro asilo, cuando supieron que en España había cierta sobrexcitación promovida por las faltas de los legados cesarianos. Una cosa hacía vacilar á los pompeyanos y republicanos, y era la mortal incertidumbre en que se encontraban acerca de la suerte que le había cabido á su jefe. César, por su parte, á pesar de la importante victoria de Farsalia, había adquirido un convencimiento fatal, parecido al que adquirió Alejandro Magno despues de las batallas de Issos y de Gaugamela; el número de fuerzas de que podía disponer era harto reducido, las cuestiones que habían de resolverse harto complicadas y la extensión de la lucha harto grande, para vencer las innumerables dificultades que contra él habían de acumularse.

XVI.—CÉSAR EN EGIPTO. CLEOPATRA. LUCHAS DE CÉSAR EN ALEJANDRÍA

Lo primero que César debía hacer era perseguir á Pompeyo, que había huido á Oriente, é impedir que este vencido rival pudiese reunir nuevas fuerzas en alguna de las comarcas que de antiguo le eran adictas. Pompeyo, avergonzado de presentarse á los republicanos despues de la derrota sufrida, reunióse en Lesbos con su esposa y con su hijo Sexto, y se dirigió desde esta isla hacia el Nilo. Siria no podía sostenerse

mas, especialmente desde que Antioquía se había declarado en pro de César. En Egipto, el sanguinario Tolomeo Auletes había fallecido en mayo del año 51, pasando su reino á dos de sus hijos, á saber, á la jóven y hermosa Cleopatra, nacida en el año 69 ó 68, y á su presunto esposo Tolomeo XII Dionisio, que al morir su padre contaba solamente 10 años. Los dos hermanos, ó por mejor decir, Cleopatra y Potino, tutor del niño, estaban enemistados, habiendo sido desterrada Cleopatra, la cual desde Siria procuró reconquistar su reino. En esta lucha Potino, con el príncipe su pupilo, se puso al frente del ejército, cuyo núcleo formaban las antiguas tropas de Gabinio, reforzadas con mercenarios itálicos y cilicios, y se situó en el cabo Casio, en la comarca de Pelusio. Allí se le presentó la pequeña escuadra de Pompeyo, que había sucumbido á su destino: la corte de los Lápidas no quiso al pronto recibirlo por no enemistarse con César. Pero entonces el maestro del rey, el retórico griego Teodoto, llegó á aconsejarle que le mandara asesinar, lo cual sería grato á César y aseguraría al reino contra las tentativas que podría hacer Pompeyo para establecerse en los territorios del Nilo. El infeliz imperator fué invitado por el general Aquilas á presentarse al jóven rey, y fué asesinado por algunos de sus antiguos soldados que servían en Egipto, durante el trayecto en una pequeña embarcación entre los bancos de arena de la costa (28 de setiembre, la víspera de su quincuagésimo noveno aniversario).

César, por su parte, desde el campo de batalla de Farsalia, y con un peloton de caballería y una legion había seguido violentamente los pasos de Pompeyo hacia el Helesponto: al llegar al Asia envió á buscar una segunda legion á Grecia y, enterado de las pretensiones de Pompeyo, se embarcó con 3,200 infantes y 800 caballos en los 34 buques que consigo llevaba, y se dirigió hacia el Egipto. En los primeros días de octubre se presentó en la rada de Alejandría, donde supo con sentimiento é indignación de qué manera la mezquina astucia de viles traidores y la mano de infames asesinos se habían permitido intervenir en las luchas de la poderosa Roma. Los prohombres de la corte de los Lápidas quedaron poco satisfechos de la sincera aversión que el crimen por ellos cometido había causado á César, y menos todavía de la intencion que tenía éste de detenerse en Alejandría y de resolver definitivamente y á su manera la cuestión egipcia. César penetró en el castillo de los Lápidas, exigió el pago de los diez millones de denarios que en 59 y 56 le había prometido Auletes, é intimó á los dos hermanos que depusieran las armas, sometiendo á él sus diferencias. Con esto se exponía César á graves peligros. La magnífica ciudad de Alejandría, con sus cien mil activos ciudadanos y con su ruda plebe greco-egipcia, muy parecida á las que hoy encontramos en Paris y Nueva Orleans, por su sed de sangre, por su ferocidad y por la afición á luchar en las calles, estaba indignada contra el general romano, en el cual veía un peligro para la independencia del Egipto. La entrada de César en la ciudad y en el castillo promovió un peligroso tumulto, en el cual fueron asesinados muchos de sus soldados. No menos peligroso fué el hecho de haber encontrado la jóven reina Cleopatra, medio de penetrar de noche y por mar en el castillo, dando con ello pruebas de sorprendente tenacidad. Al llegar á la fortaleza, su fina inteligencia, su valor, y sobre todo su fascinadora belleza, realizada por todos los encantos de la mas refinada coquetería, se apoderaron del corazón del gran romano. La reconciliación dispuesta por César entre los dos hermanos, con la cual estaba ligada la devolución de la isla de Chipre á sus hermanos menores Arsinoe y Tolomeo, exasperó en alto grado al gran visir Potino, quien creía haber de temerlo todo del restable-



Estatua colosal de Julio César (Museo de Nápoles)

hasta entonces había mostrado hácia sus mismos enemigos políticos, pues mandó dar muerte á todos aquellos senadores y caballeros notables que habiendo sido ya otra vez hechos prisioneros y puestos en libertad, habían vuelto á tomar las armas y caído de nuevo en su poder. No obstante muchos fueron al fin indultados. En su magnanimidad, ordenó César que se quemara la correspondencia de Pompeyo que había caído en sus manos, pues no trataba de llevar hasta el extremo la obra del rencor y de la venganza sobre sus enemigos. Bajo el punto de vista militar, César vió pronto desvanecerse toda la hostilidad de los elementos griegos. La pompeyana Atenas entregóse al legado de César, Q. Fusio Caleno, que operaba en la Grecia central, y fue tratada muy benignamente por César. En cambio los eternamente obsecados habitantes de Megara lucharon con tan salvaje fanatismo contra los soldados de Caleno, que en el asalto definitivo dado á su ciudad, arrojaron contra los romanos algunos leones, que destinados á los juegos de la capital, se habían detenido, durante el viaje, en Megara.

Una parte importante de los romanos deseaba proseguir con toda energía la lucha: las 18 cohortes que tenía Catón en Dirraquio y otros restos importantes del ejército de tierra, cuyo principal núcleo había sido destruido en Farsalia, ofrecían un buen apoyo á los caudillos pompeyanos y republicanos que habían logrado escapar de la derrota. Catón había salido de Dirraquio, proponiéndose reanudar la lucha en el Peloponeso. La isla de Corcira fué el principal punto de reunion de los restos del ejército y de los aristócratas fugitivos que no se decidían á implorar, ni esperaban obtener la gracia de César, ni podían firmar las paces con el vencedor. Pero al tener noticia de la batalla de Farsalia, los pueblos y príncipes de Oriente, asombrados de ver derrotado á Pompeyo, se apresuraron á someterse al nuevo señor del imperio, ó por lo menos á evitar todo compromiso contra él. Las cosas llegaron á tal punto en el lejano Nordeste que Farnaces rey del Bósforo tomó las armas y comenzó á arrebatar al rey Deyotaro las antiguas posesiones que su padre tenía en la Pequeña Armenia; lo cual fué en extremo funesto á los pompeyanos, pues todos los contingentes, así en hombres como en buques, de Oriente, fueron llamados á su patria. En tales circunstancias, los caudillos reunidos en Corcira decidieron dirigirse al Africa, en donde el rey Yuba les ofrecía seguro asilo, cuando supieron que en España había cierta sobrexcitación promovida por las faltas de los legados cesarianos. Una cosa hacia vacilar á los pompeyanos y republicanos, y era la mortal incertidumbre en que se encontraban acerca de la suerte que le había cabido á su jefe. César, por su parte, á pesar de la importante victoria de Farsalia, había adquirido un convencimiento fatal, parecido al que adquirió Alejandro Magno despues de las batallas de Issos y de Gaugamela; el número de fuerzas de que podía disponer era harto reducido, las cuestiones que habían de resolverse harto complicadas y la extension de la lucha harto grande, para vencer las innumerables dificultades que contra él habían de acumularse.

XVI.—CÉSAR EN EGIPTO. CLEOPATRA. LUCHAS DE CÉSAR EN ALEJANDRÍA

Lo primero que César debía hacer era perseguir á Pompeyo, que había huido á Oriente, é impedir que este vencido rival pudiese reunir nuevas fuerzas en alguna de las comarcas que de antiguo le eran adictas. Pompeyo, avergonzado de presentarse á los republicanos despues de la derrota sufrida, reunióse en Lesbos con su esposa y con su hijo Sexto, y se dirigió desde esta isla hácia el Nilo. Siria no podía sostenerse

mas, especialmente desde que Antioquía se había declarado en pro de César. En Egipto, el sanguinario Tolomeo Auletes había fallecido en mayo del año 51, pasando su reino á dos de sus hijos, á saber, á la jóven y hermosa Cleopatra, nacida en el año 69 ó 68, y á su presunto esposo Tolomeo XII Dionisio, que al morir su padre contaba solamente 10 años. Los dos hermanos, ó por mejor decir, Cleopatra y Potino, tutor del niño, estaban enemistados, habiendo sido desterrada Cleopatra, la cual desde Siria procuró reconquistar su reino. En esta lucha Potino, con el príncipe su pupilo, se puso al frente del ejército, cuyo núcleo formaban las antiguas tropas de Gabinio, reforzadas con mercenarios itálicos y cilicios, y se situó en el cabo Casio, en la comarca de Pelusio. Allí se le presentó la pequeña escuadra de Pompeyo, que había sucumbido á su destino: la corte de los Lápidas no quiso al pronto recibirlo por no enemistarse con César. Pero entonces el maestro del rey, el retórico griego Teodoto, llegó á aconsejarle que le mandara asesinar, lo cual sería grato á César y aseguraria al reino contra las tentativas que podría hacer Pompeyo para establecerse en los territorios del Nilo. El infeliz imperator fué invitado por el general Aquilas á presentarse al jóven rey, y fué asesinado por algunos de sus antiguos soldados que servían en Egipto, durante el trayecto en una pequeña embarcacion entre los bancos de arena de la costa (28 de setiembre, la víspera de su quincuagésimo noveno aniversario).

César, por su parte, desde el campo de batalla de Farsalia, y con un peloton de caballería y una legion había seguido violentamente los pasos de Pompeyo hácia el Helesponto: al llegar al Asia envió á buscar una segunda legion á Grecia y, enterado de las pretensiones de Pompeyo, se embarcó con 3,200 infantes y 800 caballos en los 34 buques que consigo llevaba, y se dirigió hácia el Egipto. En los primeros días de octubre se presentó en la rada de Alejandría, donde supo con sentimiento é indignacion de qué manera la mezquina astucia de viles traidores y la mano de infames asesinos se habían permitido intervenir en las luchas de la poderosa Roma. Los prohombres de la corte de los Lápidas quedaron poco satisfechos de la sincera aversion que el crimen por ellos cometido había causado á César, y menos todavía de la intencion que tenía éste de detenerse en Alejandría y de resolver definitivamente y á su manera la cuestion egipcia. César penetró en el castillo de los Lápidas, exigió el pago de los diez millones de denarios que en 59 y 56 le había prometido Auletes, é intimó á los dos hermanos que depusieran las armas, sometiendo á él sus diferencias. Con esto se exponía César á graves peligros. La magnífica ciudad de Alejandría, con sus cien mil activos ciudadanos y con su ruda plebe greco-egipcia, muy parecida á las que hoy encontramos en Paris y Nueva Orleans, por su sed de sangre, por su ferocidad y por la afición á luchar en las calles, estaba indignada contra el general romano, en el cual veía un peligro para la independencia del Egipto. La entrada de César en la ciudad y en el castillo promovió un peligroso tumulto, en el cual fueron asesinados muchos de sus soldados. No menos peligroso fué el hecho de haber encontrado la jóven reina Cleopatra, medio de penetrar de noche y por mar en el castillo, dando con ello pruebas de sorprendente tenacidad. Al llegar á la fortaleza, su fina inteligencia, su valor, y sobre todo su fascinadora belleza, realizada por todos los encantos de la mas refinada coquetería, se apoderaron del corazón del gran romano. La reconciliacion dispuesta por César entre los dos hermanos, con la cual estaba ligada la devolucion de la isla de Chipre á sus hermanos menores Arsinoe y Tolomeo, exasperó en alto grado al gran visir Potino, quien creía haber de temerlo todo del restable-



Estatua colosal de Julio César (Museo de Nápoles)